

de JOAQUIN PLA CARGOL

En una edición D. C. P. y en la colección de la Biblioteca Gerundense de Estudios de Investigaciones, ha aparecido esta historia de los Santos Mártires de nuestra capital de provincia, firmada por Joaquín Pla. Último volumen de una ya larga serie, acreditada por la objetividad y pulcritud en el desarrollo de los más variados temas sobre la vida artística, monumental, tradicional e histórica de la comarca gerundense. Libros de indudable interés general, recomendables al más exigente erudito; y con más razón, a los vinculados por origen o residencia a esta comarca.

El libro que nos ocupa, como su mismo título indica, trata de la historia, — en su límite posible, — y de la leyenda, — a falta de documentación más precisa, — de los preclaros varones que sufrieron martirio en la ciudad de Gerona, en la época de las más cruentas persecuciones.

San Félix, el Africano, San Narciso, Paulino y Cici, Tecla y Amelia y una larga serie de santos, quedan dibujados con precisión por la pluma de Joaquín Pla. Pluma que se ciñe a la documentación de la época, sin desdeñar los vuelos en el campo de la leyenda y de las tradiciones populares; lo que presta una singular aureola a los hechos relatados. Los «goigs» propios de cada santo, son recogidos con su original ortografía y expresión, y no pocos ilustran la obra con la reproducción de antiguos grabados e impresos.

Nuestro Santo Patrón, San Feliu, es tratado con singular simpatía, y entre los hechos de su vida, figura también el milagro de Calasans, conocido ya por todos los guixolenses.

San Narciso, patrón de la ciudad de Gerona, ocupa un lugar preeminente en el propósito de la obra, y se puede seguir su vida con todo detalle, y los milagros que hizo después de su muerte. El milagro llamado

Con un elogio haríamos que perdiera calidad esta cinta que pasma. Como el «Spasimo de Sicilia» un Rafael de los más famosos que se conservan en el Prado podríamos decir de esta cinta lo que de la obra de aquella «cumbre humana» dijo D'ors «hay algo aquí realmente del más supremo sentido clásico».

Verdaderamente este «supremo sentido clásico» es el que en principio nos confunde y desorienta y que la cinematografía universal a fuerza de darnos temas manidos y reiterativos ha hecho casi que llegáramos a olvidarnos, salvo honrosas y magníficas excepciones de la plástica constructivista del cine en toda su pureza emocional y formal. El encuadre, el ángulo preciso y exacto, hasta recordarnos en un juego de luz y sombras con los cuerpos sólidos y el color la más pura y certera emoción del abstraccionismo consecuente. Este aserto

de las moscas, es explicado con toda la pureza de la voz popular, y, al mismo tiempo, documentado con la reproducción de textos y pinturas antiguas que lo atestiguan.

Cuando Felipe, el atrevido, puso sitio a la ciudad de Gerona, dicen los cronistas Desclot y Boades: «...i varen eixir dels narils d'aquell Sant Cors tan gran eixam de mosques blaves e blanques e vermelles e negres, totes juntades, més grans que un aglan, e tan verinoses que'ls qui tocaven, persones e caballs, de promte sense remei morien; no e faien mal a negu sinó als francesos e a les gents lurs e als lurs caballs.»

Y así en este tono, grave y documentado, alado y legendario, va discurriendo la obra de los Santos Mártires de Gerona. Indudable acierto para hacerla grata al más sesudo varón, asequible al pueblo, amiga de los niños. En fin, una obra para todos; adjetivo que se merecen hoy muy pocos libros.

L. d'Andraitx

El Cine japonés y “LA PUERTA DEL INFIERNO”

queda rotundamente confirmado en los planos de com pás de espera en casa de la dama de la princesa donde los matices más delicados y de espíritu más exacto corren a carga únicamente de las luces, las sombras, la corporeidad de los sólidos y un color concluyente y certero. La figura humana ha visto materializar sus pasiones y sus ansias en la materia hecha poesía hasta el paroxismo. ¡Que austera grandeza la lentitud de este cine! La lentitud es aquí una cualidad para que podamos darnos cuenta de la riqueza de detalle y de la humanización más absoluta en todos sus ángulos. Que peligroso escollo es este de salvar «la pausa filmica» y sin embargo cuan rápida se nos antoja en esta producción. El cine japonés es cine lento, cine de «pausa lenta», cualidad maravillosa cuando el que lo dirige tiene conciencia de que realiza una obra maestra. Con esta seguridad con esta idea de trascender en el mundo están hechos films como «Roshamon» y el que ahora comentamos. «Roshamon», premiado reiterativamente en los festivales internacionales del año 1.951, nos descubrió una nueva dimensión ignorado hasta entonces en el cine: el cine japonés, cuyo volumen único no tiene parangón con ninguna cinematografía. Partiendo de al pasión misma, del odio, del amor, de la cobardía realiza el milagro de domeñar nuevos cantos al arte. Es impresionante la simplicidad filmica de estas cintas. Solo una palabra puede definir las: el pasmo. Ya al principio de esta crónica lo ha mencionado y de nuevo me ha visto obligado a reiterarlo. Bajo esta impresión bajo este pasmo es tal y como hemos salido de ver la proyección de «La puerta del infierno», cofusos y profundamente impresionados y sin palabras que defnieran nuestro estado de ánimo que se nos asemejaba inmobilizado. Hemos tenido que dejar pasar unas horas para poder escribir objetivamente de esta piedra irisada y preciosa a la vez que inominada de la cinematografía japonesa.

En estos momentos creemos estar en disposición de hacerlo aunque un elogio en este caso sería colocar esta cinta al nivel de una buena película y esta cinta es mucho más que esto es: un concepto, una definición, una conclusión ancestral en suma.

El color como ya casi hemos apuntado es un personaje en potencia en la cinta. Matiza las situaciones, ora trágicas, ora familiares ora íntimas con unos volúmenes cromáticos, con unos estudios pasionales de la escala cualitativa del color ignorados en verdad hasta el momento presente, y que los técnicos japoneses han resuelto en forma concluyente.

La película nos la presentan tal y como salió de los estudios japoneses sin doblar, con pies en español que de forma certera orientan al espectador del ritmo argumental del film.

La música, de acorde sencillo, es un valor precioso en la atmósfera del film, cuya densidad ahoga toda concesión sensiblera y conocido. Su mismo final es una verdadera lección, sin amños ni tópicos filmicos. El guerrero después de matar por error a la honesta y fiel esposa, cuando creyó matar al marido arroja el sable a los pies de este e implora la muerte forma de espiar sus culpas cuyo origen fué el amor de una mujer que ya tenía legítimo dueño. El marido perdona al asesino y éste en ceremonia simplísima se corta la trenza samurai y marcha a recluirse a un monasterio. Final altamente edificante y de concluyente ética.

La interpretación sin un bache por parte de todos los intérpretes que forman un cuadro de antología. Hasegawa Kazuo viril y consecuente en su interpretación Kyo-Machi-Ko la linda japonesa que ya interpretara «Roshamon», insuperable, con una sensibilidad tan acusada que escapa al elogio.

Esta pieza antológica del cine nos deja un recuerdo sano y remozado de las posibilidades que tiene el cine de poder escribir Arte, así con mayúscula.

LUIS BOSCH C.